

El mirto y la espada

Don Víctor: El pie izquierdo casi en el aire... la mano derecha, más alta...

Don Víctor: ¿Así?... Esto empieza a sonarme mucho.

Don Hugo:

"En una rama de mirto llevaré la espada como Harmodio y Aristogitón cuando mataron al tirano y dieron a Atenas leyes iguales para todos."

Don Víctor: Ya está, ¡los tiranicidas! Cómo no he caído antes.

Don Hugo: Pues lo mismo deberíamos promover para Audax, Ditalcón y Minuro.

Don Víctor: ... pero... ¿quiénes eran esos?

Don Hugo: ¡Ve usted cómo es necesario un monumento!... Todo el mundo los ha olvidado...

Don Víctor: Deje usted que piense... a ver, a ver... ¿no serán los osos que se comieron a Favila?

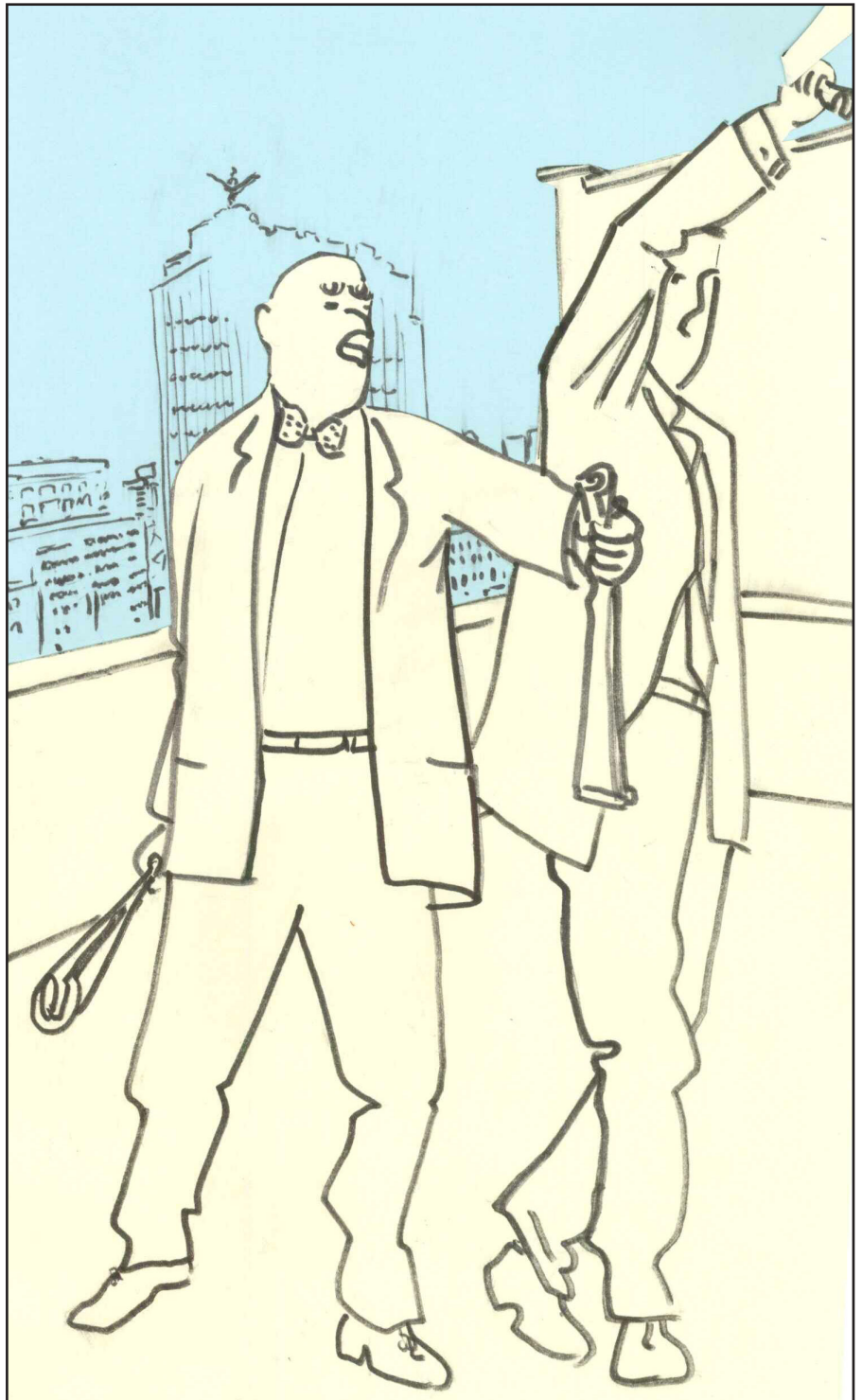
Don Hugo: No me fastidie usted, don Víctor, que estoy hablando en serio... ¡Los asesinos de Viriato!... corría el año 138 antes de Cristo...

Don Víctor: Es verdad... aquéllos de "Roma no paga a traidores".

Don Hugo: ¡Qué mala suerte!... pero es que ¿no habrá nunca nadie que rehabilite a aquellos héroes?

Don Víctor: Hombre, don Hugo... que la traición nunca ha estado bien vista.

Don Hugo: Desengañese usted, don Víctor: era necesario deshacerse de Viriatos, Indíbilis y Mandonios, so pena de permanecer



en el primitivismo. ¡Teníamos que convertirnos en romanos!... ¡llegar a la civilización!

Don Víctor: Es cierto, bastante paletos sí que eran los pobres...

Don Hugo: ¿Se da usted cuenta, don Víctor, de que los vascones ni siquiera tenían en su lengua una palabra para el concepto de "paz"?... y que todavía hoy se dice *bake*, tal y como sonó a sus oídos, aprendida de los romanos.